

Resistencia civil y lucha no-violenta contra la ocupación en los territorios palestinos

Diego Checa Hidalgo

Coventry University, Reino Unido

1. Introducción

La resistencia civil es un tipo de acción política que se basa en el uso de métodos no-violentos e implica el uso de una amplia variedad de actividades que desafían un poder, fuerza, política o régimen concreto. El uso de los métodos de la resistencia civil ha aumentado en todo el mundo en las últimas décadas y existe una creciente concienciación sobre las posibilidades de éxito del empleo de esta estrategia. Históricamente, sin embargo, las luchas de liberación o autogobierno en las que la resistencia civil es la estrategia predominante han sido poco frecuentes. En la mayoría de dichas luchas los protagonistas han sido revoluciones violentas, guerrillas y grupos armados. A pesar de ese predominio, entre 1900 y 2006 podemos encontrar 21 casos en los que las campañas de resistencia civil se convirtieron en el motor del cambio político en luchas de liberación (Bartkowski 2013, 6).

El caso del conflicto palestino-israelí nos presenta una situación donde la resistencia del movimiento nacional palestino ha recurrido tanto a estrategias armadas como no-violentas. La sociedad palestina tiene una larga historia de resistencia contra la ocupación de su territorio. Esta resistencia se manifestó a principios del siglo XX, primero contra del Imperio Otomano y luego contra el Mandato británico y la emigración judía a la región. La culminación del proyecto sionista en 1948 con la creación del estado de Israel y su posterior expansión hacia los territorios de Cisjordania y Gaza en 1967, convirtieron la ocupación israelí en el principal objetivo de la resistencia del movimiento nacional palestino.

Tradicionalmente, en dicha resistencia ha primado la retórica y el ejercicio de la violencia como estrategia para la liberación, salvo raras excepciones como la primera *intifada* (1987-1991). A pesar de ello, en cada una de estas etapas la mayoría de la sociedad manifestó su resistencia a través de múltiples acciones no-violentas. Esta dinámica parece cambiar a partir del fin de la segunda *intifada*, alrededor de 2006, cuando apreciamos el aumento del peso relativo de la resistencia civil en las estrategias de lucha contra la ocupación de importantes sectores del movimiento nacional palestino, para quienes las acciones no-violentas se han convertido desde entonces en el método de lucha prioritario.

Dado que la narrativa histórica tradicional del conflicto palestino-israelí, como muchas otras, no suele reconocer el papel de la resistencia civil en la lucha del movimiento nacional palestino y, por el contrario, vincula la lucha contra la ocupación al surgimiento de un nacionalismo violento que venera a los héroes militares y las crónicas mitológicas de victimismo y mártires glorificados, el objetivo de esta comunicación es explorar la importancia que la resistencia civil y la lucha no-violenta ha tenido en el movimiento nacional palestino e identificar sus aportaciones para la transformación del conflicto palestino-israelí.

Para ello, en esta comunicación estudiaremos inicialmente el papel de la resistencia civil palestina contra la dominación colonial hasta mediados del siglo XX. Después abordaremos la creación del estado de Israel y el fracaso de la lucha no-violenta durante las décadas de 1950 y 1970. A continuación analizaremos el auge de la resistencia civil en los territorios ocupados en 1967 por

Israel y el fenómeno de la primera *intifada*. Posteriormente diseccionaremos las tendencias actuales de la lucha no-violenta contra la ocupación concretadas en la lucha contra la desposesión de la tierra, contra la colonización, contra el bloqueo y la privación de libertad de movimiento y contra la privación de libertades personales. Finalmente, concluiremos recogiendo las contribuciones que la resistencia civil y la lucha no-violenta palestina han realizado para la transformación del conflicto y presentaremos varios desafíos que aún tienen por delante.

2. La resistencia civil palestina contra la dominación colonial

Los orígenes de la resistencia palestina se pueden rastrear hasta el inicio del conflicto en la región a comienzos del siglo XX, cuando colisionaron los proyectos nacionales sionista y árabe. El proyecto sionista se conformó primero, surgiendo a finales del siglo XIX e impulsado intelectualmente por Theodor Herzl, con la intención de guiar al movimiento nacional judío hacia la colonización de Palestina (Pappe 2004, 36). Hacia finales de la primera década del siglo XX el fenómeno sionista contaba solamente con 50.000 personas en Palestina (Pappe 2004, 56), pero el antagonismo con la población local era manifiesto y se expresaba a través de diferentes formas de resistencia, especialmente contra el consentimiento del Imperio Otomano a la venta de tierra a las organizaciones sionistas (Qumsiyeh, 2011, 42). El nacionalismo árabe en Palestina surge a partir del movimiento de renovación cultural árabe o *Nabda*, de finales del siglo XIX, aunque se consolidó a través de sus luchas contra la actividad sionista, la inmigración judía y la ocupación británica (Kramer 2008, 123-127). Poco a poco, la población nativa desarrolló sus propios sentimientos nacionales, especialmente a partir de la I Guerra Mundial.

En ello tuvieron particular importancia dos hechos: los acuerdos de Sykes-Picot (1916) y la Declaración Balfour (1917), por la cual Francia y Gran Bretaña establecieron sus áreas de influencia sobre los territorios del Imperio Otomano en Oriente Medio y el gobierno británico apoyó la creación de un hogar nacional judío en Palestina. Estos actos convirtieron en papel mojado las promesas sobre la independencia que Gran Bretaña realizó a los árabes durante la I Guerra Mundial, e impulsaron la organización de seis congresos árabes palestinos entre 1919 y 1923 para oponerse a la Declaración (Pappe 2004). También estallaron protestas y manifestaciones contra su ratificación y a favor de la creación de un gran estado árabe en Oriente Medio (King 2007). Este conjunto de actos contra la potencia colonial y sus decisiones contribuyeron a impulsar el sentimiento nacional palestino.

La resistencia contra el Mandato Británico fue liderada en la década de 1920 por las elites árabes, con el gran *mufí* de Jerusalén, Haj Amin al Husseini, a la cabeza. Esta fue una lucha eminentemente no-violenta donde los palestinos combinaron tanto métodos simples de protesta como métodos más complejos de no-cooperación para suspender la obediencia. Inicialmente la resistencia se basó en métodos de protesta y persuasión como declaraciones formales, peticiones, manifiestos, asambleas, delegaciones, procesiones y marchas, dirigidas a modificar la política británica en Palestina y su apoyo al movimiento sionista (King 2007, 34-39). Después fueron añadiendo a su repertorio métodos de no-cooperación política, económica y social. Así, primero las elites árabes boicotearon las elecciones organizadas por los británicos y renunciaron a colaborar con la administración colonial, aunque esta estrategia no fue trasladada al ámbito local (Kramer 2008, 201). Luego esta no-cooperación escaló y se produjeron boicots económicos a los productos británicos y judíos, huelgas que cerraron las tiendas en todo el territorio, llamadas de las mezquitas a la insumisión fiscal contra gobernantes no musulmanes y acciones de desobediencia civil (King 2013, 162).

En la década de 1930 la resistencia civil se amplió en Palestina con el aumento de la frecuencia de las huelgas generales y con la extensión de un aparato de comités de apoyo a los huelguistas. Sin embargo, la resistencia se polarizó entre moderados y radicales, entre la vieja oligarquía árabe y los jóvenes líderes e intelectuales nacionalistas que nutrieron los primeros partidos políticos palestinos (Kramer 2008). Mientras los primeros abogaban por una resistencia basada en métodos de protesta y persuasión, los segundos apostaban por métodos de confrontación abierta con los británicos basados en la no-cooperación y la desobediencia civil. Las diferencias entre las viejas elites palestinas y los nuevos líderes políticos nacionalistas se plasmaron

el 26 de marzo de 1933 en el Gran Encuentro Nacional. En él, se aceptó el principio de no-cooperación pero se limitó su aplicación a tres áreas determinadas: boicots sociales de recepciones gubernamentales, boicots políticos de los órganos de gobierno y el boicot de consumidores de productos británicos y judíos. La objeción fiscal fue discutida pero se rechazó. Este congreso también decidió rechazar la autoridad del gobierno, pero las divergencias internas impidieron que esta resolución se aplicara y no se llamó a la desobediencia civil. Haj Amin también se opuso a la renuncia de los árabes a los puestos de trabajo en la administración colonial y ésta no se produjo (King 2007, 43).

Sin embargo, cuando no se produjeron cambios en las políticas coloniales, y en un contexto en el que la emigración judía se intensificaba y la tensión iban en aumento, apareció una resistencia de carácter armada tanto árabe como judía. La lucha armada apareció por primera vez en el discurso del movimiento nacional palestino en 1931, ante el fracaso de la acción no-violenta disciplinada para lograr sus objetivos políticos. Así, el congreso reunido ese verano en Nablus pidió el establecimiento de una organización de defensa y la búsqueda de armas para responder a la ayuda que los británicos proporcionaban a las entidades de defensa judías (King 2007, 40). Al principio la violencia no fue organizada y era producto de choques espontáneos entre agricultores palestinos y colonos judíos, o de protestas que se tornaron violentas durante su desarrollo, como en los disturbios de 1921 y 1929. Sin embargo, durante las décadas de 1920 y 1930, se fueron creando grupos armados que recurrieron a ella como medio para organizar la resistencia nacional (Kayyali 1970, 228-230). La llamada a la lucha armada tuvo dos fuentes: los nacionalistas defensores del panarabismo y de las estrategias de confrontación y ciertas autoridades religiosas salafistas que vinculaban el reformismo islámico con la militancia nacionalista.¹ De esta llamada se hicieron eco el movimiento de jóvenes palestino y campesinos provenientes del mundo rural. A la escalada de la violencia en el conflicto se sumaron también los grupos paramilitares judíos, en acciones de autodefensa y de represalia, y las fuerzas de ocupación encargadas de reprimir los actos de resistencia (Norman, 2010, 19-20).

La revuelta árabe que comenzó en 1936 y se prolongó hasta 1939, ilustra claramente la dicotomía del movimiento nacional palestino y sus métodos de resistencia. Durante sus primeros seis meses, la revuelta fue abrumadoramente no-violenta y trató de incluir en la resistencia civil a una amplia masa social. Sin embargo, su segunda fase tuvo mucho más un carácter guerrillero y predominó la resistencia violenta (Rigby 2010, 23-30).

La revuelta comenzó con una huelga general convocada por un congreso nacionalista celebrado en abril en la ciudad de Nablus, ante la prohibición británica de una manifestación en Jaffa, lo que en los ojos de los nacionalistas mostraba la disposición de la potencia colonial a negar a los palestinos su posibilidad de expresarse y protestar. Esta situación llevó a la escalada de los métodos de resistencia. El objetivo de la huelga era modificar la política británica para detener la inmigración judía, la venta de tierras a judíos, y el establecimiento de un estado independiente palestino. La huelga fue apoyada por todos los partidos y para coordinar las acciones se formaron un comité nacional y muchos otros locales. Estos comités, que contaban con gran autonomía, mantuvieron el esfuerzo de manera disciplinada hasta octubre, a pesar de la represión y los castigos colectivos impuestos por los británicos, principalmente en forma de multas, arrestos masivos y demolición de casas de los líderes de los comités de huelga. Además, contribuyeron a implicar a una amplia masa social, ya que integraron a nivel local tanto a cristianos como a musulmanes, al mundo rural y al urbano, a políticos y sindicatos, a asociaciones juveniles y a movimientos de mujeres. La huelga casi paralizó el país completamente hasta que la fatiga se fue extendiendo y finalmente se puso fin a ella tras seis meses de lucha (King 2007, 49-54).

La actividad de las guerrillas rurales se intensificó durante este periodo llevando a cabo múltiples actos de sabotaje. Cuando unos meses más tarde la rebelión se reanudó ante la intención

¹ Uno de los primeros representantes del movimiento de reforma islámico salafista fue Izz al-Din al Qassam, implicado activamente en el trabajo social y en la acción militante contra la ocupación extranjera. Aunando nacionalismo militante y reforma islámica, Qassam y su grupo actuaron en el norte de Palestina. Aunque sus primeros ataques ocurrieron en 1929, no fue hasta 1935 cuando trataron de fomentar una insurrección armada en la zona (Kramer 2008, 259-263).

británica de dividir Palestina siguiendo las recomendaciones del informe de la Comisión Peel (Pappe 2004, 105-106), las bandas armadas fueron las protagonistas. En esta fase, donde el Mandato británico perdió el control de algunas áreas de la región temporalmente, las guerrillas árabes se enfrentaron a las fuerzas británicas, a los judíos y a los árabes moderados. Finalmente, las operaciones militares y el cambio de política, con el abandono británico de la idea de la partición y en favor de un estado binacional, acabaron con la rebelión en 1939 (King 2007, 54-56). El desgaste del movimiento nacional palestino tras esos tres años de lucha y la represión británica redujeron su capacidad de acción a principios de la década de 1940.

3. La creación del estado de Israel y el fracaso de la lucha no-violenta

En 1947 Gran Bretaña decidió poner fin al Mandato y trasladar la responsabilidad sobre Palestina a la recién creada Organización de Naciones Unidas (ONU), quien optó por dividir el territorio para crear dos estados que respondiesen a las demandas de los proyectos nacionales árabe-palestino y sionista. La acogida de las poblaciones locales fue diametralmente distinta y Palestina se encaminó hacia la guerra civil (Pappe 2004, 123-129). Cuando el 15 de mayo de 1948 Israel se proclamó estado independiente y los ejércitos de la Liga Árabe entraron en escena, ya se sucedían las atrocidades contra las poblaciones árabes y las judías por parte de los grupos armados palestinos y sionistas (Rigby 2010, 31-32). El resultado de la primera guerra árabe-israelí es por todos conocido. Los ejércitos árabes fueron derrotados a excepción de la Legión Árabe jordana, Israel se anexionó territorios que originalmente habían sido destinados al estado palestino por la ONU y la población palestina que no fue desplazada hacia el exterior quedó bajo la dominación de Israel, Jordania y Egipto (Shlaim 2003, 65-87). Éstas fueron las consecuencias de la *Nakba*, la catástrofe, para el pueblo palestino. En este contexto, las iniciativas no-violentas tuvieron un impacto limitado y probaron ser ineficaces salvo casos puntuales como el de Battir.²

Tras el desastre de 1947-48 y hasta la creación de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) en 1964, hubo pocas manifestaciones públicas significativas del nacionalismo palestino. Las consecuencias de la guerra hicieron que las prioridades de los palestinos se centraran principalmente en la supervivencia, pero esta ausencia también se puede explicar por la confianza en el triunfo del panarabismo encarnado en Gamel Abd-al-Nasser, presidente de Egipto. Eran los tiempos en los que los palestinos creían que serían liberados por sus hermanos árabes en el contexto del renacimiento de la nación árabe y de la unificación política. Mientras tanto, la concreción del movimiento nacional era dificultado por la dominación que Israel, Jordania y Egipto ejercían sobre la población palestina y el control de los diferentes territorios sobre los que estaba asentada (Cisjordania, Gaza y lo que desde 1948 pasó a constituir el estado de Israel) (Friedman 1998, 332-335).

A mediados de la década de 1950 comenzaron a surgir algunos movimientos de resistencia palestinos de distintas ideologías en los campos de refugiados que abogaban por la lucha armada para “liberar” Palestina y glorificaban la figura mítica del luchador local dispuesto a sacrificar su vida por la causa de su nación su territorio. El exponente más significativo de esta tendencia fue Fatah, organización que desde 1954 había comenzado a realizar pequeños ataques fronterizos contra Israel desde sus posiciones en Gaza y Cisjordania (Pappe 2004, 146-148). Aunque en este contexto las estrategias de lucha no-violenta fueron subordinadas a la lucha armada, en este periodo podemos apreciar claramente la emergencia de un tipo de resistencia basada en la perseverancia o *sumud*, en la voluntad del pueblo palestino de permanecer en el territorio, resistir su expulsión y mantener su identidad. Una resistencia no-violenta que la sociedad palestina concretaba en el acto de continuar su vida diaria a pesar de la dominación árabe e israelí (Norman 2010, 21; Qumsiyeh 2011, 100-101).

² Battir era un pequeño pueblo palestino que se salvó de la destrucción durante y después de la guerra gracias a una estrategia creativa de resistencia civil basada en un fuerte liderazgo, la solidaridad y el compromiso en torno a una causa y la ausencia de contra-movimientos (Botmeh 2006). Su experiencia contrasta con las más de 500 aldeas y pueblos palestinos que fueron destruidos durante este periodo (Pappe 2006).

Mientras la OLP se creaba en 1964 auspiciada por la Liga Árabe como paraguas para agrupar a las facciones y grupos de diferentes ideologías del movimiento nacional palestino, la actividad de las guerrillas palestinas se intensificó tras un largo periodo de organización y reclutamiento y de represalias israelíes (Pappe 2004, 166-167). La ocupación de Cisjordania y Gaza en 1967 por Israel y el liderazgo que Fatah ejerció en la OLP a partir de 1969 supusieron el fin de la apuesta por el panarabismo y la centralidad del movimiento nacional palestino en la lucha por la liberación de Palestina (Rigby 2010). A partir de ese momento, la OLP emprenderá una resistencia basada en la abierta glorificación de la lucha armada en sintonía con las guerras de liberación que acompañaban muchos procesos descolonizadores en esos años del siglo XX, e influenciada por las figuras del Che y Castro en América Latina, y los trabajos de Fanon que justificaban el recurso a la utilización de la violencia contra regímenes ilegítimos (Fanon, 1963). Sin embargo, el centro de gravedad de la OLP no estará en los territorios palestinos ocupados, si no que se desplazará a través de los países desde donde operó a lo largo de las décadas de 1960 y 1970 (Jordania, Líbano, Argelia y, finalmente, Libia), y la población de los territorios palestinos ocupados tendrá un rol pasivo en sus estrategias.

4. El auge de la resistencia civil en los territorios ocupados

La ocupación de Cisjordania y Gaza generó resistencias en la población palestina que habitaba dichos territorios. Mientras que en Cisjordania los intentos de Fatah por fomentar la lucha armada no fructificaron (Pappe 2004, 191), en Gaza los grupos armados palestinos fueron más activos hasta comienzos de la década de 1970 (Qumsiyeh 2011, 119). Aunque algunas células militares secretas persistieron en los territorios, los grupos armados fueron reemplazados en el imaginario político de los palestinos bajo ocupación por un activismo político y social de orientación comunista (King 2007, 66-68).

A pesar de que Israel prohibió las actividades políticas de organizaciones palestinas y administró militarmente los territorios ocupados privando a la población local de derechos humanos y civiles básicos (Pappe 2004, 196), la sociedad palestina contestó pacíficamente a las políticas israelíes desde 1967. Inicialmente fue la comunidad educativa su actor principal, como cuando las asociaciones de profesores llevaron a cabo huelgas para oponerse a los cambios curriculares impuestos en 1967 o para protestar contra las demoliciones de casas llevadas a cabo por las fuerzas ocupantes. También las elites políticas palestinas, los notables, protestaron contra la ocupación, lo que les hizo objeto de la represión israelí, siendo expulsados cuatro de ellos de Jerusalén Este por hacer un llamamiento a la población a adoptar la táctica gandhiana de la desobediencia civil (Qumsiyeh 2011, 118-119).

Mientras el reclutamiento para la resistencia armada se producía en los campos de refugiados fuera de los territorios ocupados, en el interior surgía un proceso de organización civil y política guiado inicialmente por el partido comunista que abogaba por la participación popular y por la utilización de métodos de resistencia no-violenta (King, 2007, 71). La creencia de los comunistas en la gobernanza popular y en la organización de instituciones a nivel comunitario como el mejor modo de preparar la independencia se ajustaba a la necesidad de protegerse contra la intrusión del ejército israelí en las actividades políticas. De este modo el movimiento comunista puso en marcha la Unión de Comités Palestinos de Socorro Médico (UPMRC, por sus siglas en inglés) en 1979 y, cuatro años después, los Comités Palestinos de Ayuda Agrícola (PARC), sin solicitar a las autoridades israelíes permiso para operar (King 2007, 77). Estas organizaciones fueron los primeros resultados del esfuerzo del movimiento nacional palestino por crear instituciones alternativas que proporcionasen servicios a la sociedad y, al mismo tiempo, desafiaran la ocupación. Los grupos integrados en la OLP decidieron seguir el mismo camino para no perder el apoyo de la población de Cisjordania y Gaza. El conservador Fatah y los izquierdistas Frente Popular y Frente Democrático para la Liberación de Palestina respondieron a las iniciativas comunistas apadrinando sus propias asociaciones que convivían con las sociedades caritativas y benéficas tradicionales, situadas en la órbita de los Hermanos Musulmanes (Álvarez-Ossorio 2011, 54-55). Así, poco a poco, los palestinos organizaron asociaciones deportivas, culturales, de mujeres y de jóvenes, y federaciones profesionales de carácter social y cultural en apariencia no abiertamente políticas..

RESISTENCIA CIVIL Y LUCHA NO-VIOLENTA CONTRA LA OCUPACIÓN EN LOS TERRITORIOS PALESTINOS

Este esfuerzo de resistencia no-violenta constructiva lo lideraron inicialmente las organizaciones de mujeres creando instituciones que proporcionaran servicios y satisficieran las necesidades sociales palestinas. En 1976, y a pesar de las dificultades impuestas por la ocupación, existían 38 organizaciones de mujeres implicadas en acciones de distribución de ayuda, salud, cuidado de niños y de ancianos y en generación de empleos e ingresos. Inicialmente, las mujeres se implicaban en la política nacionalista mediante su incorporación a los comités de trabajo locales, de carácter no partidista, y donde hombres y mujeres de distintas edades realizaban actividades de servicio social. Así, coordinaron escuelas, plantaron árboles, arreglaron carreteras y atendieron otras necesidades comunitarias. Más tarde, surgieron organizaciones de mujeres afiliadas a las distintas facciones políticas palestinas (King 2007, 94 -99). Su trabajo contribuyó a preservar el sentido de comunidad y de identidad palestino, fue motor del sentimiento nacionalista reivindicando la tierra y, de ese modo, desafiaron de manera no-violenta la ocupación (Norman, 2010, 23).

Los movimientos de estudiantes universitarios también fueron importantes para las redes de movilización política y de resistencia civil. Las universidades se convirtieron en el centro de numerosas acciones de protesta y de resistencia no-violenta y, además, sirvieron para organizar comités de trabajo comunitario de carácter voluntario en campos de refugiados y en zonas rurales (Qumsiyeh 120-125). Pero, además, en ellas los estudiantes experimentarán por primera vez los procesos democráticos a partir de su participación en los sindicatos (Baramki 2010, 41).

Otro elemento importante de la resistencia civil contra la ocupación en este periodo fue el movimiento de presos. Los presos políticos palestinos detenidos en cárceles israelíes fueron capaces de organizar acciones colectivas como huelgas de hambre masivas para exigir la mejora de sus condiciones de vida. En su proceso de coordinación de acciones no-violentas como huelgas de hambre o actividades de enseñanza-aprendizaje, los presos convirtieron las prisiones en lugares donde experimentar procesos democráticos, tanto en la elección de sus representantes como en la toma de decisiones (King 116-119). A comienzos de la década de 1980, antiguos presos comenzaron a establecer asociaciones de prisioneros a lo largo de Cisjordania y Gaza para garantizar que las acciones que se producían en el interior de las prisiones tuvieran apoyo desde el exterior en forma, por ejemplo, de manifestaciones pacíficas, contribuyendo a crear un movimiento de solidaridad hacia ellos.

Por tanto, a pesar de que la retórica del movimiento nacional palestino seguía subordinando la resistencia civil y la lucha no-violenta a la estrategia de lucha armada como único medio para la liberación de Palestina, era la lucha no-violenta de las organizaciones de base la que canalizaba la resistencia en los territorios ocupados. A pesar de la ocupación militar, la incipiente sociedad civil palestina se volcó en un esfuerzo constructivo que extendió la acción colectiva y sus organizaciones, estableciendo instituciones alternativas, desarrollando procedimientos democráticos y adquiriendo estrategias de acción civil que llevarían a la creación de la primera *intifada* (Norman, 2010, 23). La elección de la lucha no armada en los territorios ocupados tuvo un claro componente táctico, dados los factores que limitaban la naturaleza y las posibilidades de la lucha palestina.³ Así, se consideró que la no-violencia era el método más adecuado para luchar contra la colonización con los medios a disposición de la sociedad palestina, implicar al mayor número de sectores posibles de la población, neutralizar buena parte del poder destructivo de la maquinaria bélica israelí y atraer a la opinión pública internacional a favor de la causa palestina al mostrarle la brutalidad de la colonización. Sin embargo, aunque en la literatura distribuida por la OLP en los territorios ocupados durante las décadas de 1970 y 1980 se discutía constantemente la puesta en marcha de una campaña de desobediencia civil masiva que hiciese temblar al sistema de la ocupación, ésta no fue desarrollada hasta que surgió la *intifada* (Friedman 1998, 327-330).

³ El primer factor condicionante era la situación en la que se encontraba la población palestina de los territorios ocupados, sin armamento y sin formación militar, separada en dos áreas distantes (Cisjordania y la franja de Gaza) y con un liderazgo dividido entre sus representantes en el exterior (OLP) y en el interior de los territorios ocupados. El segundo factor limitante provenía del completo control del territorio, de la población y de las instituciones, ejercido por el gobierno militar ocupante que imponía sus normas en favor de la colonización. El tercer factor que intervino fue la falta de apoyo externo para embarcarse en una confrontación militar con Israel (Awad 1984, 23-24).

La primera *intifada* (1987-1991) fue un levantamiento popular acontecido en los territorios palestinos ocupados para luchar por sus derechos y contra la ocupación israelí. La resistencia se convirtió en un fenómeno generalizado que implicó a casi todas las capas de la sociedad palestina y, aunque no fue estrictamente no-violenta, puesto que contempló el lanzamiento de piedras con la intención de infringir daño, sí que se puede caracterizar como no armada.⁴ La *intifada* fue liderada por el Comité Nacional Unificado y desarrollada por los comités populares locales. Éstos se encargaban de coordinar las actividades, administrar la provisión de servicios básicos y de controlar la violencia. El resultado de esta labor fue la creación de una nueva autoridad que redujo la obediencia hacia la potencia ocupante y la movilización de la población en masa (Rigby 1991).

La *intifada* utilizó una múltiple combinación de métodos de lucha. La sociedad palestina recurrió a la resistencia simbólica vistiendo ropas tradicionales, a la no-cooperación económica participando en huelgas, a la no-cooperación política abandonando sus puestos en la administración israelí, a la ocupación del espacio público para enfrentarse directamente al ejército opresor, al desarrollo de redes de apoyo para ayudar a los manifestantes y a los huelguistas, a la creación de nuevos espacios productivos como el que supuso la extensión de los cultivos a los jardines, y al establecimiento de un sistema educativo clandestino (King, 2007; Rigby, 1991 y 2010). Este levantamiento no fue solamente un acto de resistencia contra Israel sino que fue también una afirmación del movimiento nacionalista palestino edificado sobre los esfuerzos de las organizaciones sociales que se habían ido construyendo en los territorios ocupados desde 1967 (Norman, 2010, 27).

Pero la *intifada*, a pesar de su componente nacionalista y su aspiración de poner fin a la ocupación israelí, no culminó en la formación de un estado palestino, sino en la firma de los acuerdos de paz de Oslo (en 1993 y 1995) para la creación de una región semiautónoma en parte de los territorios ocupados y gobernada por la Autoridad Palestina (AP). Se acordó la retirada de las fuerzas israelíes de los centros urbanos palestinos y dividir el territorio de Cisjordania en tres aéreas: el Área A con las ciudades bajo control palestino; el Área B con los pueblos y aldeas palestinos bajo jurisdicción compartida palestino-israelí; y el Área C que se mantendría bajo control de Israel.

Llegados a ese punto, parecía que el proceso de Oslo culminaría en la creación del estado palestino a partir de la extensión de la autonomía y que la AP se transformaría en el gobierno nacional de Palestina. Sin embargo, el proceso de Oslo solo mantuvo el *status quo* y la extensión de la opresión política y económica de Cisjordania y Gaza, donde los asentamientos israelíes continuaron creciendo e Israel se aseguró el control de la mayoría de los recursos hídricos. Esta situación desilusionó a la sociedad palestina y la frustración y la rabia se extendieron dando origen a un ciclo de violencia alimentado también por grupos políticos islamistas que consideraron los acuerdos de Oslo una traición al patrimonio palestino y reclutaron a terroristas suicidas que atacaron el territorio de Israel. A su vez, las fuerzas de seguridad israelíes respondieron con asesinatos selectivos, sanciones colectivas, expropiaciones de tierra para la construcción de nuevos asentamientos y la suspensión de las negociaciones (Pappe 2004, 272-275).

Esta situación fue el caldo de cultivo que generó el inicio de la segunda *intifada* en el año 2000 en los territorios ocupados, cuyo objetivo último seguía siendo la creación de un estado palestino. Este segundo levantamiento continuó hasta 2005 y tuvo un fuerte componente armado,⁵ a diferencia del primero, lo que limitó la participación de la sociedad palestina en la lucha. La segunda *intifada* consistió en una resistencia violenta que incluyó enfrentamientos armados, ataques terroristas e incluso el lanzamiento de misiles. Esta escalada de la violencia en el conflicto también aumentó la violencia de la represión de las fuerzas de seguridad israelíes (Norman 2010, 30-32). De

⁴ A este respecto resultan muy interesantes las reflexiones de Gene Sharp sobre la “violencia limitada” utilizada durante la *intifada* y su impacto sobre la sociedad israelí y sobre la opinión pública internacional del momento (Sharp 1989, 7-8).

⁵ Charmaine Seitz señala que la estrategia armada en este levantamiento fue predominante debido a que muchos activistas palestinos estaban desconectados del proceso político, bien empleados por la AP y unidos por tanto a sus intereses y planes, o profundamente enredados en la telaraña de ONGs y de sus donantes internacionales. Además, el ejemplo de la resistencia armada de *Hizbollah* en el sur del Líbano parecía un modelo adecuado para expulsar a Israel de los Territorios Palestinos (Seitz 2003, 52).

este modo, las actividades de resistencia civil fueron más limitadas, implicaron a una menor proporción de la población y fueron subordinadas a las estrategias militares. Este dominio de la vía militar alejó también las simpatías de la opinión pública internacional del lado palestino, cuyo evidente sufrimiento ante la represión israelí de la primera *intifada* había generado una amplia solidaridad internacional.

5. El predominio de la lucha no-violenta contra la ocupación

Los elementos más visibles de la actual resistencia palestina contra la ocupación comenzaron a configurarse a partir de algunos procesos iniciados en la segunda *intifada* y, en nuestra opinión, estos elementos han situado a la lucha no-violenta en la principal estrategia de resistencia de la sociedad palestina en la era de las primaveras árabes.⁶ Es cierto que una parte de la población palestina sigue defendiendo el derecho a utilizar cualquier medio para lograr el fin de la ocupación pero, sin embargo, el apoyo a la lucha armada está alcanzando niveles mínimos (Seitz 2011, 11-12), especialmente en Cisjordania. Nuestro trabajo de campo identificó cuatro grandes áreas de lucha no-violenta contra la ocupación construidas sobre la tradición de la resistencia civil palestina: la lucha contra la desposesión de la tierra; contra la colonización israelí; contra el bloqueo y la privación de libertad de movimiento; y contra la privación de libertades personales. A continuación repasaremos brevemente en qué consisten cada una de ellas.

La primera área de lucha no-violenta contra la ocupación identificada por nuestra investigación se encuentra en la resistencia contra la desposesión de la tierra en los Territorios Palestinos, cuyo frente más visible es la lucha contra el muro. La segunda *intifada* impulsó la decisión israelí de construir una barrera física entre Cisjordania e Israel, un muro que comenzó a construirse en 2002. Mientras el gobierno israelí justificaba el muro en términos de seguridad para impedir el acceso de terroristas suicidas a Israel, muchos observadores señalaron el interés israelí en expropiar más territorio, puesto que su diseño no seguía la demarcación de la Línea Verde y se adentraba en territorio palestino.⁷ El muro se convirtió en una nueva amenaza directa y visible que provocó una ola de resistencia entre aquéllos más directamente afectados por ella, a los que se les impedía el acceso a sus tierras de cultivo o de pastoreo. La resistencia era una cuestión de necesidad para ellos, de supervivencia. Así que los habitantes de los pueblos y aldeas por los que avanzó la construcción del muro se organizaron en movimientos de base coordinados a través de los comités populares que incluían a cualquier habitante independientemente de su afiliación política.⁸

El proceso comenzó en Budrus en 2003 y pronto se extendió por los Territorios Palestinos hasta que llegaron a formarse más de 50 comités que compartían un comité de coordinación (Broning 2011, 139-140), ampliando la resistencia a otras formas de desposesión de la tierra que la ocupación israelí llevaba a cabo y amenazaban la vida de comunidades palestinas. El trabajo de los comités consistía en la coordinación de las acciones directas realizadas contra la desposesión de la tierra que tomaban la forma de manifestaciones, marchas y otros tipos de protesta no-violenta.⁹ Además apoyaban las acciones legales llevadas a cabo en los tribunales

⁶ En este contexto, muchas de las acciones desarrolladas por los distintos elementos del movimiento nacional palestino implican la confrontación directa con las fuerzas de seguridad israelíes y, en ocasiones, jóvenes palestinos llevan a cabo el lanzamiento de piedras contra ellas. Evidentemente tales actos no pueden considerarse propiamente como no-violentos, por lo que resulta más apropiado utilizar el término resistencia no armada en esas ocasiones.

⁷ La Línea Verde es la línea de demarcación establecida en los acuerdos de armisticio firmados en 1949 entre Israel y sus vecinos (Egipto, Jordania, Líbano y Siria) después de la Primera Guerra Árabe-Israelí de 1948. Su trazado establece las fronteras internacionales del estado de Israel tal y como reconoce la resolución 242 del Consejo de Seguridad de la ONU y pone en evidencia, de manera clara, los territorios ocupados por Israel en 1967 tras la Guerra de los Seis Días, que en el caso palestino fueron Cisjordania y Gaza.

⁸ Entrevista a miembro del Popular Struggle Coordination Comitee. Coventry (Reino Unido), diciembre de 2013.

⁹ Sin embargo, debemos explicar que esta resistencia no es siempre estrictamente no-violenta, puesto que en ocasiones contempla un lanzamiento de piedras que a veces no es meramente simbólico y se produce con la intención de infringir daño y, más a menudo, con la intención de provocar la reacción violenta de las fuerzas

israelíes dirigidas a la modificación del trazado del muro, a evitar la expropiación de propiedades o a la liberación de los activistas detenidos.¹⁰ También documentaban los abusos de la ocupación y se encargaban de atraer la atención de la opinión pública nacional e internacional a través de los medios de comunicación.

En algunas ocasiones esta resistencia ha tenido importantes éxitos, como cuando logró modificar el trazado del muro en Budrus y Bi'llin (Norman 2010), o cuando evitó el desplazamiento de la población palestina que vive en las colinas del Sur de Hebrón (Schaeffer Omer-Man, 2013). Junto a esos éxitos también debemos mencionar el elevado tributo que tiene que pagar la población que practica esta resistencia civil, en forma de muertos, heridos, detenidos y castigos colectivos, generados por las fuerzas de seguridad ocupantes, así como las limitaciones del alcance de la resistencia que se hacen evidentes tan pronto como se visualiza el trazado actual del muro.¹¹

La campaña Boicot, Desinversiones y Sanciones (BDS) es la máxima expresión de la lucha contra la colonización, la segunda área de resistencia civil identificada en los Territorios Palestinos. Esta campaña tiene su origen hacia el año 2004 cuando asociaciones académicas, sindicatos, organizaciones de solidaridad e iglesias de Europa y EE.UU llamaron a realizar varios tipos de boicots contra Israel, inspirados en la campaña de boicot contra Sudáfrica por su política de *apartheid* (Barghouti 2006, 53). Poco después, surgió una iniciativa impulsada por organizaciones de la sociedad civil palestina para pedir a la comunidad internacional que presionase a Israel con boicots, desinversiones y sanciones hasta que se respetase la legalidad internacional, y fue respaldada desde todos los segmentos de la sociedad palestina en un consenso sin precedentes (Barghouti 2011a, 16-17). Así, en 2005, 170 organizaciones sociales, profesionales, sindicales y culturales palestinas, agrupadas en el Comité Nacional del Boicot, llamaron a la ciudadanía de todos los países del mundo a adherirse a la campana global de Boicot, Desinversión y Sanciones contra la ocupación israelí (Jamjoum 2011, 139-140). Esta campaña reclama tres acciones a Israel: finalizar la ocupación militar de Cisjordania, Gaza y el resto de territorios árabes (sirios y libaneses); acabar con el sistema de discriminación racial contra sus ciudadanos palestinos; y terminar con el rechazo a reconocer los derechos de los refugiados palestinos. Estos tres elementos constituyen, a los ojos de Omar Barghouti, uno de los líderes de esta campaña, “tres derechos palestinos básicos y lo elementos mínimos para lograr una paz justa” (Barghouti 2011b, 49).

La intención de este movimiento, que pronto logró un impacto global, era la de elevar los costes del mantenimiento de la ocupación para Israel y, para ello, ha alentado el boicot de consumidores a productos y servicios de empresas israelíes o de empresas con intereses en Israel y las desinversiones en dichas empresas. El boicot se ha solicitado también en ámbitos académicos, culturales y deportivos, con la intención de deslegitimar a los representantes de un estado que incumple la legislación internacional y viola sistemáticamente los derechos humanos, y a los que se benefician de él, y llama a sancionar al estado de Israel y a sus representantes de acuerdo al derecho internacional, suspendiendo o cancelando las relaciones de cooperación con el gobierno israelí (Barghouti 2011b, 94-95). Una muestra de estos efectos son la suspensión de las relaciones militares de Turquía y Noruega con Israel, o las recomendaciones del Parlamento Europeo para imponer un boicot sobre los productos israelíes procedentes de los asentamientos en los territorios ocupados. En el ámbito cultural, son numerosos los artistas que, como Massive Attack o Yes-Men, se han negado a actuar en Israel, y los intelectuales que, como Stephane Hessel o Eduardo Galeano, han denunciado el comportamiento de este país.

de seguridad israelíes y poner de manifiesto, de esta forma, la brutalidad que es capaz de ejercer sobre manifestantes desarmados.

¹⁰ Entrevista a miembro del Popular Struggle Coordination Comitee. Coventry (Reino Unido), diciembre de 2013.

¹¹ La Oficina de Naciones Unidas para la Coordinación de Asuntos Humanitarios (OCHA por sus siglas en inglés) en los Territorios Palestinos cuenta con abundante material gráfico documentando la situación en el terreno. En el siguiente enlace se puede acceder a un mapa donde se recoge el trazado del muro y su impacto humanitario http://www.ochaopt.org/documents/ocha_opt_barrier_map_july_2012_english.pdf.

RESISTENCIA CIVIL Y LUCHA NO-VIOLENTA CONTRA LA OCUPACIÓN EN LOS TERRITORIOS PALESTINOS

La tercera área de resistencia civil detectada se ha centrado en la lucha contra la privación de movimientos y contra el bloqueo que, en particular, sufre la población de la franja de Gaza. Durante la segunda *intifada* Israel se retiró de Gaza aunque se reservó el control de sus fronteras y del espacio aéreo y naval. Cuando Hamas ganó las elecciones legislativas palestinas de 2006 y, poco después, se hizo con el poder en Gaza tras una lucha fratricida con Fatah, la comunidad internacional le impuso sanciones económicas e Israel y Egipto cerraron sus fronteras con ella debido a la actividad terrorista de esta organización y a su no reconocimiento del estado de Israel. Desde entonces, aunque la situación de Gaza ha sufrido algunas variaciones a lo largo del tiempo, sus 1.500.000 de habitantes ven muy limitada su conexión con el exterior y su economía ha quedado destruida con el consiguiente impacto humanitario.

El bloqueo ha generado un fuerte rechazo y una importante solidaridad internacional que fue canalizada en apoyo de grupos de activistas palestinos e internacionales decididos a desafiar el bloqueo sobre Gaza mediante campañas de resistencia civil y acción directa no-violenta. Así se creó en 2006 el movimiento Free Gaza, una coalición no gubernamental de activistas palestinos, israelíes e internacionales que repetidamente ha intentado romper el bloqueo por mar a través de la “zona de seguridad especial” declarada por Israel frente a la costa de la franja, distribuir ayuda humanitaria y desplegar observadores internacionales (Broning 2011, 141). Además de la ruptura del bloqueo, el objetivo de este movimiento es ampliar el espacio político disponible para otros activistas de la sociedad civil que luchan por los derechos de los palestinos (Arraf y Shapiro 2011, 154-155).

El movimiento ha organizado convoyes de ayuda a Gaza desde 2008 que han obtenido un éxito desigual, consiguiendo romper el bloqueo en cuatro de las nueve ocasiones en las que lo han intentado (De Jong 2012, 201). Las acciones de estos convoyes y las respuestas israelíes, sobre todo con el ataque a la “Flotilla de la Libertad”, aumentó la presión de la comunidad internacional sobre Israel para que suavizara el bloqueo, cosa que acabó sucediendo (Arraf y Shapiro 2011, 160). Este hecho mostró a los líderes de Hamas que por medio de la lucha no-violenta se podían conseguir resultados que no había logrado la lucha armada y éstos empezaron a valorarla como una forma de resistencia factible. Así, parlamentarios de Hamas reconocían el poder de la lucha no-violenta afirmando que “cuando usamos la violencia, ayudamos a que Israel gane apoyo internacional; la flotilla de Gaza ha hecho más por Gaza que 10.000 cohetes” (Levinson 2010).

La resistencia civil tiene una cuarta área de acción en los Territorios Palestinos y que comprende la lucha contra la privación de libertades personales y a favor de la liberación de los presos políticos. La problemática de los presos políticos tiene gran calado en la sociedad palestina. Desde 1967 más de 800.000 palestinos han sido detenidos por Israel, lo que supone el 20% del total de la población en los Territorios Palestinos y, significa que cerca del 40% de los hombres que viven allí han estado en prisiones israelíes (Addameer 2012). En las cárceles los prisioneros sufren la detención sin cargos o juicio,¹² reclusión en condiciones de aislamiento y el rechazo de las visitas de familiares desde Gaza. Existen informes que describen el uso de la tortura en ellas y la negación de tratamiento médico adecuado, existiendo una situación de impunidad en torno a estas violaciones de derechos humanos (Amnesty International 2013, 133-136).

El sacrificio de los presos personaliza la resistencia palestina y su causa es un símbolo visible de ella, inspirando un profundo respeto en la sociedad. En las cárceles israelíes, los presos se han organizado y han desarrollado acciones y campañas de desobediencia civil y resistencia no-violenta. En estas acciones las huelgas de hambre han sido una táctica recurrente desde la primera *intifada* para mejorar sus condiciones de vida en prisión. Fuera de ellas su problemática se ha convertido en otro elemento catalizador de la resistencia civil contra la ocupación y se han organizado numerosas campañas en apoyo de sus peticiones ante las instituciones israelíes y ante los representantes de la comunidad internacional. Normalmente, sus familias y amplios sectores de la sociedad civil secundan las acciones de los prisioneros con manifestaciones y protestas y, en ocasiones, se han unido a las huelgas de hambre (Qumsiyeh 2011, 195-196).

¹² La figura de la detención administrativa es un procedimiento por el que una persona es detenida sin cargos y se ha convertido en una práctica recurrente por parte de las autoridades israelíes que no cumple los estándares del Derecho Internacional Humanitario ni de los instrumentos internacionales de derechos humanos que se aplican en los Territorios Palestinos (Addameer 2013).

Aunque la mayoría de los éxitos de estas campañas son pequeños, han contribuido a la mejora de las condiciones de vida en prisión para los presos políticos palestinos a partir de medidas como poder vestir ropas civiles, tener acceso a las noticias, conseguir derechos de visita razonables y mejorar su acceso a los servicios sanitarios (Qumsiyeh 2011, 197). Además, debido al alto porcentaje de palestinos que han pasado por cárceles, éstas han ocupado un lugar importante en el proceso de socialización de la resistencia civil ya que muchos activistas comenzaron a practicar la resistencia no-violenta en prisión porque era el único medio de lucha a su alcance allí, lo que a posteriori se convirtió en un importante aprendizaje (Norman 2010, 65-68). Si bien la mayoría de estos activistas solo incorporan esta gama de herramientas no-violentas a su repertorio de manera estratégica, generalmente esta experiencia se traduce en la adopción de nuevas formas de pensamiento más racionales y menos emocionales y reactivas (Norman 2010, 67).

Estas cuatro áreas agrupan muchas de las acciones de la resistencia de la sociedad civil palestina desde la segunda *intifada*, lo que evidencia el predominio de la lucha no-violenta aunque no su exclusividad en el movimiento nacional palestino. En ellas, el papel de los civiles es fundamental tanto en el diseño, la organización y la ejecución de las actividades, aunque la resistencia no aparece cohesionada debido a la fragmentación que genera la adscripción de los activistas a distintos grupos locales, organizaciones o partidos políticos. Otra característica que presenta la actual lucha palestina contra la ocupación es el carácter secular de la mayoría de sus acciones, especialmente en Cisjordania, lo que contrasta con lo sucedido durante la segunda *intifada* que tuvo un componente confesional muy importante. En general, la resistencia contra la ocupación trata de influir sobre la sociedad israelí para que modifiquen el cambio de las políticas públicas de su gobierno hacia los palestinos a través del diálogo, de la presión y de poner en evidencia la ilegalidad y, en muchas ocasiones, la brutalidad de las mismas. Sin embargo, la participación en esta lucha por parte de grupos y organizaciones israelíes es muy limitada, a diferencia de lo ocurrido durante la primera *intifada*. Finalmente, también hay que señalar que a pesar de que la resistencia civil está dirigida y protagonizada por la población local, el apoyo internacional que recibe es muy importante y continúa creciendo, como muestran las distintas intervenciones internacionales no violentas que se están produciendo en la región, como las de Christian Peacemaker Teams, Ecumenical Accompaniment Programme in Palestine and Israel, International Solidarity Movement, International Women's Peace Service, Instituto de Noviolencia Activa y Operazione Colomba.

Sin embargo, si utilizamos los indicadores que ofrecen el profesor Andrew Rigby o las investigadoras Erica Chenoweth y María Stephan para valorar la capacidad de la resistencia civil palestina durante este periodo, debemos señalar que esta aún está lejos de resultar efectivo (Rigby 2010; Chenoweth y Stephan 2011). En primer lugar, la lucha no-violenta no ha alcanzado todavía una masa crítica significativa en las sociedades palestina e israelí. En segundo lugar, esta resistencia no ha logrado provocar cambios relevantes en las políticas israelíes relacionadas con la ocupación ni en sus pilares de apoyo. Lo que sí ha conseguido esta resistencia no-violenta ha sido desarrollar estrategias creativas que les permiten maniobrar en medio de la represión y atraer una participación diversa que supera las fracturas políticas que han lastrado tradicionalmente al movimiento nacional palestino. El cada vez mayor reconocimiento internacional de la legitimidad de sus reivindicaciones le garantiza una creciente capacidad para movilizar apoyos externos, especialmente en la sociedad civil global, lo que será fundamental para su sostenibilidad.

6. Contribuciones de la resistencia civil para la transformación del conflicto y desafíos pendientes

El repaso a la historia de la resistencia palestina contra la colonización y contra la ocupación sionista nos muestra como la mayoría de la población resistió mayoritariamente a través de medios no-violentos manteniendo su perseverancia y esperanza de diferentes formas. Pero a excepción del periodo de la primera *intifada* (1987-1991) y del periodo posterior a la segunda *intifada* (2006-...), la lucha no-violenta fue subordinada a una resistencia caracterizada por la retórica y la práctica de la violencia.

Aparentemente, y de acuerdo con el profesor Andrew Rigby, en ninguna fase de la evolución del movimiento nacional palestino se han dado las condiciones necesarias para la

existencia de un movimiento sostenible de resistencia no-violenta que pudiese alcanzar sus objetivos (Rigby 2010). Y esto ha sido así porque la sociedad palestina ha estado dividida horizontal y verticalmente a lo largo de su historia reciente, lo que ha alimentado las fracturas políticas. Además, el movimiento nacional palestino ha contado con un liderazgo pobre, dividido y desconocedor de los modos no-violentos de resistencia y no ha sido capaz de movilizar apoyos de terceras partes a su lucha.

En nuestra opinión, a pesar de que la resistencia civil ha tenido un carácter “intermitente”, ha logrado varios éxitos en su lucha contra la colonización y la ocupación a lo largo del siglo XX que son importantes de cara a la posible transformación del conflicto. La resistencia civil ha contribuido a la persistencia de la población sobre el territorio evitando en muchos casos su desplazamiento y al mantenimiento de la identidad palestina bajo el dominio británico, israelí o de diferentes estados árabes. Esta resistencia también ha contribuido al fortalecimiento de procesos de empoderamiento en el seno de la sociedad civil palestina que han reforzado el movimiento nacional. Dada la naturaleza de la lucha no-violenta, su ejercicio ha facilitado la participación en la resistencia de muchos sectores de la sociedad palestina que no habrían estado implicados en la lucha armada, lo que ha aumentado la movilización política de la población en determinados momentos. El ejercicio de la resistencia civil también ha favorecido el desarrollo de nuevas narrativas que desafían el militarismo y la tradicional cultura de la violencia, favoreciendo la construcción social de una nueva imagen de héroe que ya no es exclusivamente el guerrillero.

En la actualidad, resulta evidente que persisten varias dificultades para el sostenimiento de un movimiento de resistencia civil en los Territorios Palestinos no solamente por la fragmentación de la sociedad palestina y inexistencia de un liderazgo cohesionado. También adolece de una masa crítica de personas involucradas en la lucha, de una estrategia común y de activistas experimentados en la acción no-violenta. Sin embargo existen una serie de tendencias positivas que parecen indicar que la resistencia civil puede jugar un papel importante en la transformación del conflicto. En primer lugar, ya hemos mencionado como la acción no-violenta se ha convertido en un medio primordial para la resistencia, a pesar de que situaciones puntuales, como la nueva guerra en la franja de Gaza en el verano de 2014, parezcan indicar lo contrario.¹³ Como ya hemos mencionado, a partir de los sucesos de la “Flotilla de la Libertad” en 2010, incluso Hamas manifestó un cambio de actitud hacia la resistencia civil prestándole una mayor atención. En segundo lugar, los grupos que practican la resistencia civil están mostrando una diversidad de tácticas y una gran creatividad a la hora de enfrentarse a la ocupación, lo que les permite un mayor margen de maniobra para enfrentar la represión. Buena prueba de ello son la serie de acciones de movilización a comienzos de 2013 como el campamento de *Bab al Shams*, para reivindicar el derecho a la tierra de los palestinos y protestar contra la política israelí de construcción de asentamientos en Jerusalén Este.¹⁴ En tercer lugar, existe un creciente apoyo internacional hacia las estrategias de resistencia civil desarrolladas por el movimiento nacional palestino, ya sea desde la sociedad civil global o desde los miembros de la comunidad internacional como la Unión Europea (UE), como muestra el respaldo cada vez más amplio que está alcanzando la campaña del BDS.¹⁵

A pesar de estas tendencias positivas, el movimiento nacional palestino tiene que afrontar tres importantes desafíos si pretende transformar el conflicto y acabar con la ocupación mediante la lucha no-violenta. Uno de ellos es como corregir la falta de influencia sobre la sociedad israelí, que en última instancia es la que tiene la capacidad de hacer cambiar las políticas públicas que diseñan y desarrollan sus gobiernos. Otro reto es terminar con la continua competición entre Fatah y Hamas por el liderazgo del movimiento, lo que lleva a dividir el poder de la resistencia y a dificultar la

¹³ Los informes de OCHA recogen un número muy limitado de ataques armados durante el año 2013. OCHA señala que el lanzamiento de piedras fue la causa de la mayor parte de los heridos israelíes (OCHA 2014). En la primera mitad de 2014 solamente se produjeron dos ataques armados contra civiles israelíes.

¹⁴ Estas acciones fueron intentos por subvertir la retórica colonizadora y crear imágenes alternativas poderosas (Oakley, 2013).

¹⁵ La UE adoptó en el verano de 2013 una directiva que pretende incluir en cualquier acuerdo que firme con Israel una cláusula que explícitamente excluya de los mismos a las colonias israelíes en Cisjordania al considerar a esta región como territorio ocupado de acuerdo al derecho internacional (Sherwood 2013).

creación de una estrategia común. El último reto es garantizar la sostenibilidad de la lucha no-violenta para evitar la fatiga del movimiento y que la falta de resultados visibles en torno a la creación del estado palestino, el respeto de las libertades y los derechos humanos en los Territorios Palestinos, y el cumplimiento del derecho internacional, genere frustración.

Referencias

- Addameer: *Palestinian political prisoners in Israeli prisons*, Jerusalem: Addameer, 2012.
- Álvarez-Ossorio, I.: “La sociedad civil palestina y el proceso de construcción nacional”, en Solidaridad Internacional (ed.), *Vivir en medio. Imágenes, luces y sombras en Oriente Medio*, Madrid: Solidaridad Internacional, 2011, p. 49-64.
- Amnesty International: *Annual Report 2013. The state of the world's human rights*, Londres: Amnesty International, 2013.
- Arraf, H. y A. Shapiro: “The Free Gaza movement”, en Carter Hallward, M. y J. M. Norman (ed.): *Nonviolent resistance in the second intifada. Activism and advocacy*, New York: Palgrave Macmillan, 2011, p. 153-162.
- Awad, M. E.: “Non-violent resistance: a strategy for the Occupied Territories”, *Journal of Palestine Studies*, 13 num. 4 (1984), 22-36.
- Baramki, G.: *Peaceful resistance. Building a Palestinian university under occupation*, New York: Pluto Press, 2010.
- Barghouti, O.: “Putting Palestine back on the map: Boycott as Civil Resistance”, *Journal of Palestine Studies*, 35 num. 3 (2006), 51-57.
- Barghouti, O.: *Resistance as an indispensable component of development under colonial conditions: Boycott, Divestment, and sanctions (BDS) as a case study*. Birzeit: Center for Development Studies, 2011a.
- Barghouti, O.: *Boycott, Divestment, Sanctions. The global struggle for palestinian rights*, Chicago: Haymarket Books.
- Bartkowski, M. J.: “Recovering nonviolent history”, en Bartkowski, M.J. (ed.): *Recovering nonviolent history. Civil resistance in liberation struggles*, Boulder/Londres: Lynne Rienner, 2013, p. 1-30.
- Botmeh, J.: *Civil resistance in Palestine: The village of Battir in 1948*. Coventry: Coventry University, Tesis de Máster, 2006.
- Broning, M., *The Politics of change in Palestine. State-building and non-violent resistance*, New York: Pluto Press, 2011.
- Chenoweth, E. y M. J. Stephan: *Why civil resistance works? The strategic logic of nonviolent conflict*. New York: Columbia University Press, 2011.
- De Jong, A., “The Gaza Freedom Flotilla: Human Rights, Activism and Academic Neutrality”, *Social Movement Studies*, 11 num. 2 (2012), 193-209.
- Fanon, F.: *The wretched of the earth*, New York: Grove Press, 1963.
- Friedman, T.: *From Beirut to Jerusalem*, Londres: Haper Collins Publishers, (1998) [1989].
- Jamjoum, H.: “The global campaign for Boycott, Divestment, and Sanctions against Israel”, en Carter Hallward, M. y J. M. Norman (ed.): *Nonviolent resistance in the second intifada. Activism and advocacy*, New York: Palgrave Macmillan, 2011, p. 133-152.
- Kayyali, A. S.: *The Palestinian Arab reactions to Zionism and the British Mandate 1917-1939*, Londres: University of London, 1970, Tesis de doctoral.
- King, M. E.: *A Quiet Revolution: The First Palestinian Intifada and Nonviolent Resistance*, New York: Nation Books, 2007.

RESISTENCIA CIVIL Y LUCHA NO-VIOLENTA CONTRA LA OCUPACIÓN EN LOS
TERRITORIOS PALESTINOS

- King, M. E.: "Palestine: Nonviolent resistance in the struggle for statehood, 1920s-2012", en Bartkowski, M. J. (ed.): *Recovering nonviolent history. Civil resistance in liberation struggles*, Boulder/Londres: Lynne Rienner, 2013, p. 161-180.
- Kramer, G.: *A history of Palestine. From the Ottoman contest to the founding of the state of Israel*, Princeton: Princeton University Press, 2008.
- Levinson, Ch.: "Israel's foes embrace new resistance tactics: Hamas and Hezbollah find inspiration in Flotilla, support protest movements", *The Wall Street Journal*, 2 de julio, 2010. <online.wsj.com/news/articles/SB10001424052748704638504575318390063707222> [Consulta: 19/07/2014]
- Norman, J.M.: *The Second Palestinian Intifada. Civil Resistance*, Londres/New York: Routledge, 2010.
- Oakley, D.: "One, two, a hundred Bab al-Shams' - new facts on the ground in Palestine", *Waving Nonviolence*, 24 de Enero, 2013.
- OCHA: *Fragmented lives. Humanitarian overview 2013*, Jerusalén Este: OCHA, 2014.
- Pappe, I.: *A History of Modern Palestine: One Land. Two Peoples*, Cambridge: Cambridge University Press, 2004.
- Pappé, I.: "The 1948 Ethnic Cleansing of Palestine", *Journal of Palestine Studies*, 36 num. 1 (2006), 6-20.
- Qumsiyeh, M. B.: *Popular resistance in Palestine: A history of hope and empowerment*, New York: Pluto Press, 2011.
- Rigby, A., *Living the intifada*, Londres: Zed Books, 1991
- Rigby, A.: *Palestinian Resistance and Nonviolence*, Jerusalén: Passia, 2010.
- Schaeffer Omer-Man, M.: "Israel's High Court sends South Hebron Hills evictions to mediation", *+972 Magazine*, 2 de septiembre, 2013. <972mag.com/israels-high-court-sends-south-hebron-hills-evictions-to-mediation/78324> [Consulta: 20/09/2014]
- Seitz, Ch.: *Tracking Palestinian public support for armed resistance during the peace process and its demise*. Ramala: Jerusalem Media and Communications Centre, 2011.
- Sharp, G. "The Intifadah and Nonviolent Struggle", *Journal of Palestine Studies*, 19 num. 1 (1989), 3-13.
- Sherwood, H.: "EU takes tougher stance on Israeli settlements", *The Guardian*, 16 de julio, 2013. <www.theguardian.com/world/2013/jul/16/eu-israel-settlement-exclusion-clause> [Consulta: 20/09/2014]
- Shlaim, A.: *El muro de hierro. Israel y el mundo árabe*, Granada: Almed, 2003.